



Volúmenes textiles

Recreación para el ritual



▲ Figura femenina con ave.

Durante la conquista y colonización de las culturas andinas, los cronistas dan cuenta del asombro de los europeos frente a la abundancia, calidad y diversidad de sus textiles, que respondía a la importancia que estos bienes tenían y a las variadas funciones sociales que desempeñaban. Como expresa el antropólogo andino John Murra (1987), “ningún acontecimiento político, militar, social ni religioso estaba completo sin el ofrecimiento o la cesión de tejidos, quemados, sacrificados o intercambiados.”

Entre las distintas manifestaciones textiles de la cultura andina, las miniaturas tienen un papel significativo, no tanto por su frecuencia, sino por sus características y condiciones de hallazgo, que las sitúan como ofrendas de alto valor simbólico en los rituales funerarios y sacrificios propiciatorios. Hace cuatro mil años, se registran en la costa sur del Perú las primeras miniaturas de vestimentas en figurillas humanas de cerámica. Alrededor de 500 a.C., en un cementerio de la cultura Parakas se encontró un conjunto de 90 pequeñas piezas textiles entre penachitos de plumas, turbantes, mantos, camisas, faldas, un cintillo y una honda. La mayor parte de estas prendas formaban grupos de similares características.

Dentro de otras miniaturas textiles, destaca un conjunto de tres figurillas humanas tejidas, per-

tenecientes a la primera época de Nasca. La más pequeña y la más grande de las figurillas corresponden a representaciones masculinas, en tanto la de tamaño medio es femenina. La fragilidad de su construcción hace suponer que no fueron juguetes u objetos de uso cotidiano, sino que, al igual que en otras ocasiones, parece tratarse de ofrendas ceremoniales. Llaman la atención sus abultadas cabelleras hechas con pelo humano trenzado y plumas. Los hallazgos de estas figurillas y reproducciones de prendas textiles han contribuido notablemente a comprender el modo de uso de algunas prendas, ya que muchas veces se han encontrado ejemplares de vestuario exactamente iguales.

La tradición de miniaturas continúa en épocas más tardías. En Pacatnamú, en la costa norte de Perú, se hallaron 125 miniaturas textiles, asociadas a enterratorios de mujeres jóvenes. La mayoría de ellas fueron encontradas entre las capas de vestuario de los fardos funerarios, lo que ha llevado a algunos investigadores a pensar en la búsqueda de un reemplazo de las prendas en el ritual.

Estas representaciones en volumen adquieren su máxima expresión en las conocidas “muñecas” de la cultura Chancay, desarrollada en la costa central peruana después del siglo X. En Chancay se registra una asombrosa variedad de estos artefactos, donde se representan claramente diferencias de género,

edad y jerarquía. Todas estas figuras están detalladamente ataviadas y construidas íntegramente con técnicas textiles. Algunas representan escenas cotidianas, como una mujer enseñándole a tejer a una niña, otras más complejas han sido identificadas como “matrimonios” y otros rituales. Dentro de estas representaciones a pequeña escala también se encuentran animales, árboles cargados de frutos y aves, como una convocatoria a la abundancia. Las técnicas de tejido no sólo fueron utilizadas para elaborar las figuras, sino también los espacios arquitectónicos donde se desarrollaban las escenas representadas.

La gran mayoría de las “muñecas” tienen una estructura construida a partir de fibras vegetales rígidas o flexibles, dobladas y luego embarriladas con hilados o cubiertas con una tela plana. A veces, tienen una o más piezas de madera para darle firmeza a la estructura. En estos casos, suelen ser tramos o bobinas textiles, usados en las figurillas femeninas, reforzando la idea de que el quehacer textil estuvo probablemente más ligado a las mujeres en estas épocas tardías. Otro rasgo que identifica a una figurilla femenina, es la forma de la representación del rostro, con tejido de tapicería ranurada con diseños escalonados, en colores rojo,

rosa y café. También el género está bien señalado en estas “muñecas”, mediante el tipo de vestimenta que portan: camisas –*unkus* en los hombres y vestidos y paños como tocados, en las mujeres.

Seguramente, las miniaturas de ofrenda de los santuarios de altura Inka son la culminación de esta singular industria de textiles en miniatura. Durante la expansión del imperio, los inkas llevaron a cabo la práctica de realizar rituales en las cumbres de las montañas, identificadas como lugares sagrados. Estos ritos, denominados *Kapacocha*, cubrían todo el imperio, desde el norte de Ecuador hasta el

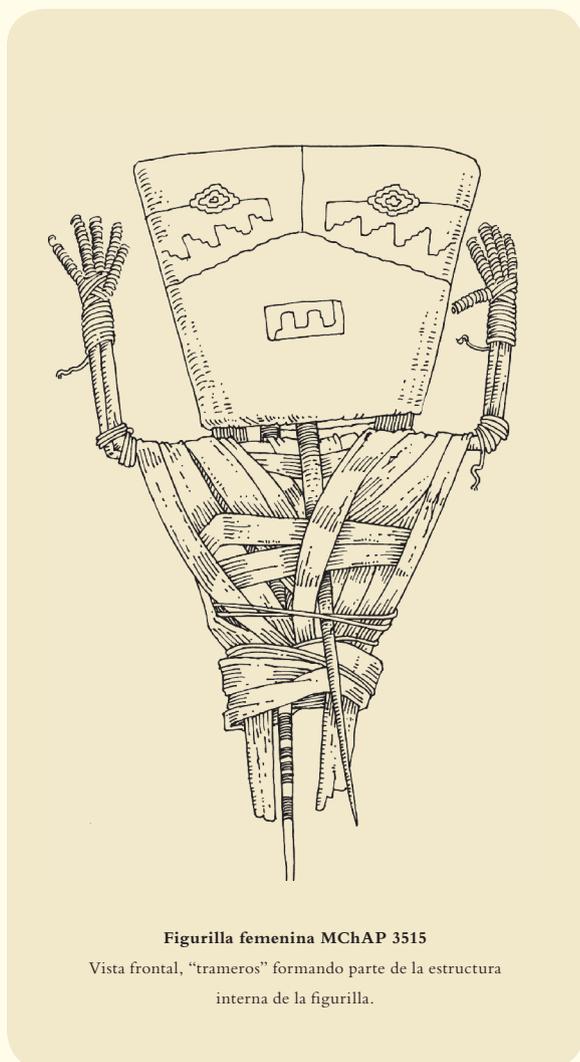


▲ Figurilla femenina.



Figurilla femenina MChAP 2328:

- A Vista frontal.
- B Vista posterior, detalle amarre de las urdimbres para fijar el rostro.
- C Vista posterior, “tramo” formando parte de la estructura de la figurilla.
- D Faldellín de hilados sobre la falda.
- E Detalle de los extremos del faldellín.



Figurilla femenina MChAP 3515

Vista frontal, "tramos" formando parte de la estructura interna de la figurilla.



▲ Figurilla femenina.



▲ Figurilla masculina.

centro de Chile y el noroeste argentino. Entre ellos se cuentan notables hallazgos de hombres y mujeres jóvenes sacrificados, enterrados con ofrendas que incluían valiosos objetos elaborados para este efecto, como figurillas humanas y de camélidos, en plata, oro y concha. Las figuras antropomorfas se encuentran vestidas de acuerdo a su género y condición social, representando con rigurosidad las características del vestuario Inka.

De esta manera, la miniatura textil tuvo en los Andes gran importancia en un contexto de ritos propiciatorios, al ser un soporte que concentró una fuerte carga simbólica, para intenciones y rogativas.

El tejedor andino concibe sus obras como seres vivos y bajo ese concepto cada pieza es una unidad completa, por lo tanto sus bordes se presentan íntegros sin corte alguno. Las miniaturas textiles y los volúmenes tejidos precolombinos se rigen bajo este mismo concepto de integridad, de modo que, a pesar de su reducido tamaño, se puso especial cuidado en terminar apropiadamente las piezas, sin urdimbres cortadas en sus extremos, ni prendas incompletas. En el caso de las miniaturas y volúmenes, a estas características se suman la exigencia de responder con fidelidad a los modelos originales, realizando con total prolijidad cada uno de sus detalles.

El acto de tejer exige el total compromiso del artesano en cada una de sus etapas. La miniatura demanda además el control de un espacio reducido; la síntesis, la esencia, la perfección, la cercanía y el afecto se concentran en una mínima superficie, comprimiendo en ella los símbolos que mantienen las tradiciones. Los mini-textiles condensan en su reducida superficie muchos contenidos y son objetos que están hechos para ser contemplados con cercanía e intimidad. Estas características hacen de esta expresión objetos impregnados de gran intensidad.